

valente á patriarca, al cual estaban subordinados los dos metropolitanos antes citados y los obispos de Vidin, Branichevo, Nich y Skópíe. Al día siguiente el nuevo primado coronó rey de Bulgaria al czar Caloyan, á pesar de lo cual este último continuó usando el título de czar, porque para él y los suyos significaba mas que rey, es decir César y emperador. Recibió en esta ceremonia la corona real, un cetro, una bandera con la imagen de San Pedro, y la autorizacion del papa Inocencio III para acuñar monedas con su busto.

Este era ya un gran paso para la incorporacion de la Iglesia griega á la romana, porque habiendo esta última ganado al pueblo búlgaro y al magyar, y habiendo el rey húngaro Emerico sometido á los servios, la sede romana no dudaba ya de su victoria en el resto de la península balcánica. Mas se equivocó: Caloyan, el nuevo rey búlgaro, no dejaba por eso de ser un hombre rudo, astuto é informal, capaz de todo con tal que conviniese á su objeto. Así se desentendió de todas las consideraciones para con los occidentales tan pronto como se hubo convencido de que sus búlgaros y los cumanos sabian vencer á los orgullosos caballeros cubiertos de hierro, como antes habian vencido á los ejércitos bizantinos.

Mientras seguian su curso las relaciones entre el rey de Bulgaria y la Santa Sede iba preparándose en todas partes la terrible catástrofe que arruinó en 1204 el famoso imperio bizantino, porque desde la primera cruzada, y mas en las últimas dos décadas habia ido engrosando y ganando terreno la gigantesca marea del odio religioso á los cismáticos y de la indignacion general exacerbada por la astucia y falacia bizantinas. La crueldad con que Alejo III habia tratado á su hermano justificaba á los ojos de sus adversarios todo ataque al imperio. La atmósfera estaba preñada de esta gran tempestad; entre los pueblos occidentales corrian profecías ominosas para los bizantinos, anunciando la próxima destruccion de su imperio. Los gobernantes y hombres de Estado compartian la opinion del viejo almirante Margaritone que habia mandado como ya dijimos la escuadra siciliana en la última guerra, y el cual creia que la toma de Constantinopla era cosa factible. Cada cual miraba esta empresa desde su punto de vista; los fanáticos la creian indispensable para vencer despues con mas facilidad á los sarracenos; los más pensaban en el botin que sacarían de la destruccion del imperio; y otros calculaban las probabilidades de apropiarse sus despojos. La astuta república de Venecia dirigida por su dux Enrique Dándolo, político inteligente y práctico esperaba ansiosa el momento de engrandecerse á costa del Estado bizantino, y en efecto, el golpe fatal fué dirigido por aquel hombre de Estado eminente, y enemigo irreconciliable de Constantinopla.

No obstante las últimas desavenencias entre la república de Venecia y Alejo III en los años 1196 y 1197, habíase renovado en 1198 en Constantinopla el convenio de 1187 entre ambos Estados, porque los embajadores del dux Dándolo amenazaron que si no se renovaba, se pondrían de parte del príncipe Alejo, hijo de Isaac, á quien el emperador tenia preso, mientras que si se renovaba prometieron prestarle el auxilio contra el emperador de Alemania. A consecuencia de este tratado, firmó Alejo III en el mes de noviembre del mismo año la patente ó bula de oro, en la cual se enumeraron en una larga lista todas las provincias y dominios del imperio en los cuales permitia á los venecianos traficar libremente y les confirmó todos los privilegios que en cualquiera época hubiesen disfrutado en el imperio. Además concedió permiso para que un representante, autorizado de la república cerca del gobierno bizantino, ejerciera en la colonia veneciana la autoridad suprema hasta en las cuestiones y pleitos

que se originaran entre venecianos y bizantinos; á cuyo fin pudieran nombrar los jueces ó cónsules necesarios. Finalmente obligóse Alejo III á pagar las indemnizaciones prometidas por los emperadores Manuel é Isaac que la república reclamaba.

La enumeracion de los territorios y plazas de esta patente fué utilizada por Dándolo seis años despues como dato oficial para el desmembramiento del imperio, ya que ni el comercio ni la patente fueron bastantes para restablecer la cordialidad de relaciones entre el imperio y la república; porque además de las vejaciones inevitables con motivo del pago de derechos de importacion, disgustó á los venecianos la visible preferencia que al gobierno bizantino merecian los pisanos. Esta preferencia tenia su razon en los buenos servicios que los pisanos habian prestado al imperio en su guerra reciente con los genoveses, los cuales para vengarse del emperador Alejo III que no quiso renovarles sus antiguos privilegios de comercio, habian armado varios buques en corso que infestaban las aguas griegas y asolaban y saqueaban las costas é islas del imperio. Distinguíase en esta guerra un comerciante genovés llamado Gaffore, que para vengarse de un ultraje que el almirante Estrifno le habia hecho en Constantinopla empezó en 1197 con toda una escuadra una guerra de pillaje en el Mar Egeo y en los Dardanelos burlándose de la escuadra bizantina y del vice-almirante Estirione que nada pudieron contra el atrevido y vengativo pirata genovés. Para hacerle desistir de sus depredaciones, y para ganar tiempo y reunir mas fuerzas navales, prometióle el emperador ventajas extraordinarias aunque con intencion de no cumplir lo prometido. Entre tanto reunió efectivamente el vice-almirante los buques, armamento y personal necesarios sacándolos á viva fuerza de la Grecia y en especial del Atica; y consiguió con el auxilio de la escuadra pisana destruir la de Gaffore cerca de Sestos en el año 1198. Solo escaparon de la destruccion cuatro buques piratas mandados por Leon Vetrano, cuñado de Gaffore. Por este auxilio pidió pues la república de Pisa en 1199 exencion de impuestos sobre los inmuebles que los ciudadanos pisanos poseian en el imperio bizantino, exencion de derechos para sus mercancías, ensanche de su barrio en Constantinopla y restitucion de sus factorías é iglesias en Salónica y Halmiros, todo lo cual el emperador les concedió sin dificultad.

Los genoveses entre tanto continuaron sus piraterías; el citado Leon Vetrano se estableció en 1199 en el castillo del cabo Palavio en la isla de Corfú y desde allí saqueó las costas occidentales y meridionales de Grecia. Alejo III tomó represalias, como habia hecho en tiempo de Gaffore confiscando los buques y géneros de los genoveses en el Bósforo, mientras presentaba sus quejas oficialmente al gobierno de la república y le ofrecia al propio tiempo renovar sus antiguos privilegios mercantiles en el imperio. A consecuencia de esta oferta, la república envió en mayo de 1201 á Ottobono della Croce como embajador á Constantinopla para fijar las condiciones del arreglo, sobre el cual no se han conservado noticias y solo se sabe que por un decreto imperial del 13 de octubre de 1202 ensanchó el emperador considerablemente el barrio de los genoveses en la capital, y que los genoveses abandonaron al pirata Vetrano. Este sin embargo, continuó sus fechorías hasta que en 1206 los venecianos le hicieron prisionero y le ahorcaron.

Así pues, los italianos como repúblicas mercantiles independientes, ocupaban en el imperio bizantino una parte considerable de la orilla del Cuerno de Oro con no pocas iglesias y conventos desde Sindan-Capusi hasta la punta del actual serrallo, trecho que comprendia, con gran descontento de los griegos, los mejores puntos de desembarque. Allí tenia

cada potencia italiana su territorio propio con sus desembarcaderos, casas, almacenes, tiendas y talleres, formando otras tantas poblaciones ó colonias marítimas, y el representante del gobierno de cada república las alquilaba á sus comerciantes é industriales. La factoría veneciana ocupaba el mejor sitio, en el centro del movimiento mercantil, es decir, la playa llamada Perama donde se hacia el embarque para pasar á Galata; y se extendia desde Balic-Bazar Capusi ó sea Puerta de la Pescadería hasta cerca de la puerta, quizás Sindan Capusi, inmediata al almirantazgo. Al Este de la factoría veneciana estaba la amalfitana, mas reducida; mas allá, la pisana, cuyo territorio bastante dilatado estaba pró-

ximo á la Puerta del Jardin ó Bagche-Capusi; y mas al Este en el distrito de Coparion vivian los genoveses, cuyo territorio comprendia la playa situada entre el convento de Apologoteto y la Puerta del Jardin hasta Yali-Köchky, y en direccion al interior hasta la basilica de Santa Sofia.

Las últimas concesiones hechas á los genoveses excitaron la envidia y la ira de los venecianos y fueron el motivo que apresuró la catástrofe espantosa que estaba próxima á caer sobre el imperio.

Al disgusto citado se agregó que Alejo III no habia pagado al gobierno de Venecia las indemnizaciones convenidas. Una reyerta sangrienta que en 1200 habia ocurrido á



Inocencio III papa, copia de un fresco de Rafael

instigacion de los bizantinos entre los venecianos y los pisanos de Constantinopla, aumentó el odio mal comprimido de los venecianos, y cuando la embajada que su gobierno envió para tratar de todas estas quejas con el de Constantinopla, cayó en su camino en manos de los ciudadanos de Zara, enemigos de Venecia, decidió el dux Dándolo romper toda negociacion con el emperador, y aprovechar la primera oportunidad para asegurar y ensanchar los intereses y aumentar el poder de la república con la fuerza de las armas á costa del imperio bizantino que caminaba fatal y rápidamente á su ruina.

Esta oportunidad se estaba preparando entonces en gran-

dísima escala sin que el gobierno de Venecia tuviera necesidad de impulsar los sucesos.

Desde 1198 no habia cesado el papa Inocencio III de excitar á las naciones occidentales á emprender una nueva cruzada, tratando por supuesto tambien con la república de Venecia. Sus esfuerzos, la actividad de sus legados y el entusiasmo de los predicadores fueron tales, que al fin vencieron la aversion general á una nueva empresa de esta clase, aversion natural porque estaba demasiado reciente todavía el desgraciado éxito de las cruzadas anteriores, era conocida la existencia precaria de los cristianos en Oriente y eran tambien muchos los intereses encontrados de las diferentes

potencias europeas. Sin embargo, declararon en 1200 a favor de una nueva expedición a Oriente un gran número de magnates, príncipes, condes y caballeros de Bélgica y del Norte de Francia. Aconsejó el papa dirigir esta vez las armas cristianas contra Alejandría y el Cairo sojuzgadas en 1200 por el hermano de Saladino, el sultán Elmelic-el-Adel. Este príncipe, que en 1194 había salido de Mesopotamia para apoderarse de la Siria, cuya posesión se disputaban sus sobrinos, la conquistó en efecto en 1196. La causa de no dirigirse el ataque contra Jerusalén, que estaba otra vez en poder de los mahometanos, fue un armisticio que el pretendiente a la corona de la ciudad santa, el rey de Chipre Amalrico de Lusitania que reinaba desde 1198, había concluido con el sultán El-Adel, y no permitía renovar las hostilidades hasta fines del año 1203.

Este plan de campaña pugnaba con los intereses mercantiles de Venecia, que mantenía relaciones muy amistosas con Egipto, mercado excelente e importantísimo para aquella república, que solo se habría arriesgado a perderlo en cambio de mayores ventajas en otra parte. Sin embargo cabalmente a ella se dirigieron en el mes de febrero de 1201 los representantes de los cruzados franceses y flamencos para tratar de su viaje marítimo a Levante. En esta situación Dandolo tuvo la habilidad de hacer en marzo de 1201 con los representantes citados, a cuya cabeza figuraba el mariscal de Champagne, Godofredo de Villehardouin, el célebre historiador de la tercera cruzada, un convenio que no ataba las manos a la república y la hacía partícipe de las ventajas y conquistas que alcanzaran los cruzados. Obligábase a aprontar los buques necesarios para la travesía y una escolta de 50 buques de guerra y a proveer al ejército expedicionario por un año de víveres, en cambio de 85,000 marcos de plata, equivalentes aproximadamente a 4.250,000 pesetas, que los cruzados habían de pagar en cuatro plazos hasta fines de abril de 1202. En cambio el botín y los territorios conquistados debían ser divididos por partes iguales entre Venecia y los cruzados. La habilidad mayor del dux fue, que el convenio no designaba ni al enemigo contra el cual se dirigía la expedición, ni el puerto donde había de efectuarse el desembarque. Finalmente una cláusula del convenio exigía que este fuese aprobado por el papa como garantía del cumplimiento exacto de todas sus condiciones. Inocencio III comprendió luego la intención del dux y no quiso aprobarlo sino con la condición de que ni los cruzados ni la república de Venecia perjudicasen a naciones ni intereses y personas cristianas, y aun en este caso hizo depender su aprobación de la de sus legados. A esto contestó el gobierno de la república que no admitía el convenio con semejante condición, con lo cual quedó el asunto pendiente hasta que nuevos e inesperados sucesos le dieron el aspecto que el astuto Dandolo deseaba.

Murió en 24 de mayo de 1201 el conde Tibaldo de Champagne que había sido nombrado general en jefe de la cruzada, y entonces el mariscal Villehardouin propuso para reemplazarle al marqués Bonifacio II de Montferrato, hermano del valiente Conrado, y uno de los caudillos y hombres de Estado más notables y más populares de Italia, que a sus méritos personales reunía la circunstancia de estar su familia desde un principio interesada en la cuestión de Levante. Bonifacio admitió desde luego el difícil cargo, en una entrevista que tuvo con los demás caudillos en Soissons en otoño del año 1201, con lo cual ingresaron en la empresa gran número de nuevos adalides franceses, alemanes de la parte del Rhin, e italianos del Norte. El dux de Venecia vio este cambio con satisfacción, porque sabía que el marqués no aceptaba el mando en jefe por fanatismo religioso, y que su familia conservaba tristes recuerdos de Constantinopla, donde habían

sido envenenados el César Rainero de Montferrato y su esposa María por el infame emperador Andrónico; circunstancias que habían de facilitar forzosamente el deseo secreto de Dandolo de dirigir la arremetida de los cruzados contra el imperio bizantino en lugar de atacar a la Siria o el Egipto.

El suceso más importante, y que hizo estallar la tormenta y descargar sobre el imperio, fue provocado por los pisanos para castigar al emperador Alejo III de la protección que daba a los genoveses, poco antes enemigos de ambos.

Alejo III después de haberse apoderado del trono y hecho cegar a su hermano y predecesor Isaac, tuvo a este y a su hijo Alejo, entonces adolescente de doce años, presos en la capital; pero desde el año 1200 había dejado algo más libertad a su sobrino para en su caso servirle de él como sucesor al trono si su sobrina Irene, esposa del rey Felipe de Alemania, pretendiera el trono de Constantinopla. Cuando en el verano del año 1201 se decidió Alejo III a salir a campaña contra Camices, también sobrino suyo y suegro del general rebelde Strez, como referimos en su lugar, llevó consigo a Alejo, el hijo del ciego ex-emperador Isaac; y entonces se pusieron en relación con el joven príncipe dos nobles pisanos, el conde Rainero de Segalari e Hildebrando del Famigietti, y le instaron a que aprovechara la ocasión y huyese lejos del alcance de su tío. Así lo hizo el joven; se escapó con el auxilio de ambos del palacio imperial de Damocranea entre Atira y Selimbria y llegó a la isla de Alonea en el Mar de Mármara, desde donde pudo pasar sin contratiempo a Italia, ardiendo en deseos de salvar y vengar a su padre. Por consejo de los pisanos dirigióse al papa impetrando su apoyo y auxilio; pero Inocencio III se negó a prestárselo, porque más le convenía en el trono de Constantinopla un emperador débil y amenazado por todos lados, que un autócrata joven, cuñado del rey de Alemania Felipe, a quien lo mismo que los italianos en general, miraba como enemigo nato de Italia. A fines de verano de 1201 el joven príncipe Alejo pasó a Alemania a la corte de su cuñado que le recibió muy afectuosamente, y allí encontró por las fiestas de Navidad al nuevo caudillo de los cruzados, el marqués de Montferrato, que como toda su familia tenía buenas relaciones con la casa de Hohenstaufen. Allí se discutió la idea de dirigirse contra Constantinopla, tomarla y restaurar a Isaac antes de emprender la lucha con los mahometanos. El rey Felipe apoyó la idea y dió orden a su embajador en Venecia de apoyarla también cerca del gobierno de la república. El de Montferrato prometió cooperar activamente por su parte, y pasando probablemente por Venecia, marchó en febrero de 1202 a Roma a ganar el apoyo del papa. Como Inocencio III se negara en absoluto a apoyar la combinación, el pretendiente y sus protectores, a los cuales se agregó desde luego el dux Enrique Dandolo, trabajaron para decidir a los jefes de la cruzada al ataque directo del imperio bizantino. Resuelto este ataque en principio, lo fue irremisiblemente cuando llegó a Venecia el cardenal Pedro Capuano en agosto de 1202 para encargarse de la dirección espiritual de la cruzada, y el dux le puso en la alternativa de acompañar a la expedición solo como simple clérigo o volverse a Roma. No dudó ya Enrique Dandolo del triunfo de su plan de campaña en el ánimo de los jefes y caballeros de la hueste cristiana, excepto algunos contados contingentes, cuyos jefes devotos y celosos de ningún modo se apartarían de los deseos del papa; porque bien sabía que la gran mayoría pensaba más en correr aventuras, en botín y hacer fortuna que en servir a la religión. Por otra parte eran todos sin excepción enemigos declarados de la religión cristiana griega, y aun los que anteponian a todo la conquista de los Santos Lugares comprendían que se haría la guerra a los infieles con una eficacia y resultado

duradero después de haber instalado en Constantinopla un emperador amigo de los cruzados y que secundase sus deseos.

El plan de Dandolo era dar el primer golpe a la ciudad de Zara en Dalmacia, porque sus habitantes, adversarios de Venecia, no se habían sometido sino a la fuerza al yugo de la república y apenas hubo muerto el emperador Manuel Comneno, se habían puesto bajo el cetro del rey de Hungría Bela III, en 1181. La vecindad del rey Bela a orillas del Adriático gustó muy poco a los venecianos, y mucho menos les gustó que en 1188 se aliase Zara estrechamente con la república de Pisa, enemiga declarada de Venecia, y que además se pusiera en muy buenas relaciones con las ciudades de Ancona y Ragusa. Ante todo convenía, pues, acabar con los enemigos en las aguas de Dalmacia, cuyos corsarios tanto daño estaban causando desde mucho tiempo antes a los venecianos y a otras potencias marítimas. La ocasión se presentó muy pronto, porque a medida que los cruzados que habían elegido el camino de Venecia se fueron reuniendo en la isla de San Nicolás de Lido cerca de la capital durante la primavera y el verano del año 1202, resultó cada vez más claro que de ninguna manera serían capaces de pagar la suma convenida de 85,000 marcos por la travesía y manutención, y por tanto fue fácil ponerlos en el caso de mirar como una gran fortuna la ocasión de poder pagar el gasto con su trabajo, es decir, peleando por cuenta de la república. Importábaseles muy poco en su apuro apartarse de su objeto y luchar con cristianos en vez de mahometanos, ni que el protector de la ciudad de Zara contra la cual los iba a emplear el astuto dux, fuese el rey Emerico de Hungría, tan piadoso y tan amigo del papa y de la curia romana y a más uno de los monarcas que habían de formar parte con su ejército de la misma cruzada. Tampoco tuvieron en cuenta que este mismo rey de Hungría estuviese ya en guerra con su propio hermano Andrés que quería arrebatarle la Dalmacia y la Croacia, circunstancia muy favorable a la política de Venecia. Los que se negaron a tomar parte en esta guerra particular en favor de la república de las lagunas, fueron pocos y hubieron de contentarse con protestar contra semejante venalidad e inconsecuencia. Esta minoría estaba acudillada por el fanático Simon III de Monfort l'Amauri, que posteriormente fue llamado el verdugo de los albigenses.

A principios de octubre de 1202 pudo por fin hacerse a la mar el ejército de la guerra santa en la escuadra compuesta de 72 buques de guerra y 140 de transporte. El 10 de noviembre la escuadra forzó la entrada del puerto de Zara, y después de inútiles protestas de Monfort atacaron los cruzados la ciudad que hubo de rendirse a discreción el 24 del mismo mes. Los cruzados pasaron el invierno en las inmediaciones donde construyeron un campamento, y entre tanto destruyeron los venecianos las fortificaciones de la plaza y del puerto dejándolos indefensos para mucho tiempo. Dandolo entre tanto no se dió punto de reposo en sus múltiples trabajos diplomáticos. Para apaciguar al rey de Hungría sirvióse al parecer de la mediación del joven príncipe Alejo, por el cual iban a combatir los cruzados y cuya madrastra era la bella Margarita, segunda esposa de su padre Isaac cautivo, y hermana del rey de Hungría. La protesta del papa ninguna impresión causó al dux que la contestó con glacial cortesía e indiferencia inmutable, a pesar de haber amenazado el papa con la excomunión, tanto a los cruzados como a los venecianos, si atacaban a Zara. Los jefes de los cruzados fueron a Roma a solicitar el perdón alegando que no habían tenido otro medio de cumplir su compromiso para con la república respecto del pago de los 85,000 marcos. El papa les perdonó, pero excomulgó a los venecianos, los cuales ningún daño recibieron con esto, pues el papa no prohibió a

los cruzados el trato con la república, sin cuya escuadra nada podían hacer. Además Inocencio avisó a los cruzados que se abstuvieran de todo ataque al imperio bizantino, porque demasiado claro comprendía las intenciones del dux de Venecia; pero mientras enviaba en 16 de noviembre de 1202 su última reclamación respecto de la sumisión de la Iglesia griega a la autoridad de Roma, no disimuló a los jefes de la cruzada que «los bizantinos eran culpables de grandes ofensas a Dios y a la Iglesia, y que Alejo III muy particularmente había cometido grandes injusticias contra su hermano y señor legítimo, si bien a pesar de esto no tocaba a los peregrinos castigar estos pecados». Esto para los inteligentes significaba claramente que la curia romana aceptaría los hechos consumados, pues que redundarían en su provecho, pero que no podía tomar parte activa en la ejecución. Dandolo y los jefes de la cruzada lo entendieron así y en este sentido trabajaron.

Entre tanto habían seguido las negociaciones con el príncipe Alejo que con este objeto se hallaba en Verona; y habiendo tomado una forma concreta y definitiva, se presentó en el campamento cerca de Zara, como representante suyo, el embajador de Alemania, que formuló los ofrecimientos del príncipe. Eran en extremo seductores para los cruzados, a los cuales prometió manutención gratuita para ellos y sus tropas y 200,000 marcos de plata en pago de su auxilio contra su tío hasta el restablecimiento en el trono de su padre Isaac. Hecho esto, daría por un año un contingente de 10,000 hombres al ejército cruzado, y conquistados los Santos Lugares, mantendría en ellos perennemente un cuerpo de 500 hombres. Hasta aquí era posible cumplir lo prometido aunque con dificultad; pero además se obligó a contribuir con todas sus fuerzas a la sumisión de la Iglesia griega a la autoridad de Roma, obligación cuyo alcance seguramente no calculaba el príncipe.

Sobre estas proposiciones entabláronse debates vivísimos. Al principio nadie quiso tomar parte en una guerra contra Constantinopla; pero Dandolo, Bonifacio de Montferrato y los otros jefes principales de los cruzados, apoyados por dignatarios de la Iglesia tomaron el asunto a pechos, ya que tan grandes ventajas políticas y para la Iglesia ofrecía, y en efecto consiguieron arrastrar a la mayoría. Solo Simon de Montfort, el abad Guido de Vaux-Sernay y sus partidarios se separaron del acuerdo general, y no queriendo apartarse de las condiciones y reservas del papa abandonaron con su gente el ejército.

La partida de estos disidentes facilitó la inteligencia entre los que quedaron, los cuales consintieron en embarcarse para el Bósforo y atacar directamente la capital del imperio.

Durante estas negociaciones el dux de Venecia había trabajado con admirable habilidad en provecho de los intereses mercantiles de su patria. Había enviado a su sobrino Marino y al sagaz diplomático Pedro Michieli con una misión delicada a la corte del sultán de Egipto Malec-el-Adel que veía con temor acercarse el término del armisticio pactado con el rey de Chipre mientras en el Delta del Nilo el país sufría desde la primavera del año 1202 terremotos, hambre y epidemias. Los citados embajadores representaron al sultán que el dux había apartado a los cruzados de su proyecto de atacar el Egipto, y esta circunstancia hecha valer con suma habilidad, produjo a la república notables ventajas para su comercio en aquel país. Verdad es que otras mucho mayores debían producir los grandes sucesos que se preparaban en el imperio bizantino.

En la primavera del año 1203 Dandolo y Bonifacio de Montferrato pusieron manos a la obra. La prueba de su superior talento y del conocimiento exacto que tenían de las